

Antología de Raúl Voltavayeros

Presentado por

Poemas del Alma 



Índice

POESÍA

EL PROTAGONISTA

PRIMERA NEGOCIACIÓN

SEGUNDA NEGOCIACIÓN

COMBATO TODOS LOS INCENDIOS Y NO APAGO MI CORAZÓN

EL EJE DEL MAL

TENGO UNA CARA PARA ROMPERLA

ESPANTAPÁJAROS

LOS LÁTIGOS Y LAS BESTIAS

ME PRESENTO?

LANGOSTAS, LANGOSTAS...

LA LETRA

CONJETURAS AL NACER

TERNURA DE LA MUERTE

LA BRONCA NO TIENE ESCUELA

ESCUELA DE URBANIDAD

AMERICAN HORROR STORY

¡TIERRA! 1492

PETITORIO A LA ACADEMIA

EFRAÍN POETA

EFRAÍN SILENCIO

EFRAÍN PROHIBIDO

LA FAMA DE LOS PAYASOS

EFRAÍN MUERTO

EFRAÍN REVOLUCIÓN

EL ENEMIGO INVENCIBLE (RELATO)

EFRAÍN CAÍN

EFRAÍN MARIONETA

EFRAÍN BURDEL

EXISTENCIA

ANTEVASTACIÓN

POESÍA

POESÍA

Que muera la sensiblería y tendremos poesía.
Que dejen de llevarla a concurso y tendremos
el derecho a llamarla de todos.
Que la saquen de los libros
y la habremos construido
fuera de la lengua y del idioma.
Que no la comercien los editores
y será pan de cada día.
Que dejemos de admirarla
y será un igual entre todos los hombres.
Mientras no acontezca esto y lo otro,
aquello y lo demás...
¡Al diablo la poesía!

EL PROTAGONISTA

EL PROTAGONISTA

De un instante a otro todos aparecieron.
Yo sabía bien que al levantarme
el mundo se pondría de pie
sacando de su habitual trastienda
un arsenal de calles, de árboles, de semáforos,
de actores secundarios y extras,
algunos emparentados con el peligro
(otros, con la usura)
y que todos juntos, en un concierto que a veces
me sería difícil distinguir,
danzaríamos a mi alrededor
con expresión inefable.

Discreto como soy (o fingiéndome ignorante)
me senté a escuchar. Ellos hablaron:

-¡Qué horror! Me salió un grano...
-La del vestido azul te miró, José...
-¿Te tomaste los remedios, mamá?...
-¿Einstein? ¿No era aquel tipo inteligente?...
-Te diré que bla, bla, bla, bla, bla, bla...
-Asimismo, bla, bla, bla, bla...
-Bla, bla, bla, bla...
-Bla, bla...
-Bla...

Yo sabía perfectamente que aquella farsa,
aquella digresión de cosas vanas (o tal vez fatales)
era mi vida y la de nadie más.
¿Qué otra cosa podían ser
tantos hechos lamentables?

Por otra parte,
todos habían ayudado a desplegar las nubes,
el sol, los mares,
la inmensa geografía y la fauna innumerable.
Estaba claro: querían que viviera.
Vida en la cual si cerraba los ojos
hacían ellos una pausa,
o si dormía, los pesados focos del escenario
eran apagados y quedábanse las cosas
suspendidas y en silencio,
pues no había razón
para que existiesen todavía.

*

A veces los actores
se aburrían en los balcones pintados
esperando a que pasara,
o peor aún, había partes en que,
por descuido de los tramoyas,
quedaba en evidencia un tornillo, un alambre,
y esa era la imperfección que me afligía,
mi verdadera depresión.

*

Siendo yo el único para quien todas las cosas
debían reportarse a diario,
lo único real, el único pensamiento fidedigno,
decidí no prestar oído a los decorados.
Me negué a ver entre las hortensias,
bajo las faldas
o detrás de los mostachos.
Presentía que al mirar allí
hallaría un cadáver
o un muñeco,
afanado en la tarea de espiarme.

*

Un día temí que no hubiera ya razón
para estas gentes:
negras, blancas, impenetrables gentes,
una multitud de seres entrenados
en husmear tras los visillos
haciendo la comedia de estar ocupados
en tales o cuales asuntos,
tales o cuales muertes
(cuando no era sino mi paso
el mayor de sus asuntos
y no era sino mi muerte
la mayor de sus muertes).

Me acerqué, entonces, a uno de ellos
y le hablé.
Le hablé tan alto como debe hacer
quien es el centro del Universo.
No hice alarde de vocabulario
ni de giros excepcionales.
Solo sé que le hablé al igual que a otros
a los que había tratado antes.

Como si nada,
como si no me hubiera visto,
como si no supiera que le estaba destinado oírme,
dio un paso atrás en la oscuridad.

Pero... ¿qué significaba este desprecio?
¿Iba a morir?
¿Acaso ya pronto quitarían los árboles de las calles,
los edificios?
¿Perdería de vista a las multitudes, a los pájaros?
¿Volveríanse los días más cortos,
el cielo más pálido?

¿Iba a morir? ¿¡Iba a morir!?
Morir como muchos mueren,
morir como todos mueren
¿Morir por morir?

*

¡Malditos!
Ya sé cuál era su propósito:
tramaban la ruina a mis espaldas.

Pues bien, de morir yo,
considerad el telón cerrado tan abruptamente
como si en un instante y para siempre
pintaran la noche contra el cielo.
Dejad los sombreros colgados
tras los bastidores.
Olvidad que os saludo al entrar al escenario,
que mi cara es la de siempre,
que ocupo un pequeño rincón
en la oficina donde ya sabemos
trabajo hace cuarenta años y un día,
ordenando papeles de utilería
con direcciones inventadas por falsarios.

PRIMERA NEGOCIACIÓN

PRIMERA NEGOCIACIÓN

Soy del sindicato unido de perdedores.
Vengo en representación de los que perdimos
la vergüenza
en algún inodoro público
y desde entonces,
no paramos hasta quedarnos con lo puesto,
con el anverso vacío del corazón,
con una garganta de feria que se arruga de miedo
cuando tiene que cantar
esa enorme verdad
que es la verdad sin atavíos.

Tengo la misión de hacer un trato
con el Partido Nacional Capitalista
que son ustedes,
con el Ejército Capitalista Único,
que son ustedes,
con la Iglesia Católica Universal,
que también son ustedes,
y si me falta algún organismo,
considérese incluido a mi negociación.

El trato es "¡No más!"
Vamos a seguir perdiendo,
de eso no se preocupen,
pero no más sin una buena razón,
o mejor aún, sin el debido reconocimiento
del Estado competente
que son ustedes, lógicamente.

Por ejemplo: yo sé que la justicia

es cosa de ustedes
y que la brillante eficiencia administrativa
ejerce en ustedes una mágica velocidad
capaz de romper
hasta el candado más duro
de la boca del funcionario.
Yo sé que a nosotros toca la espera
y la muerte en las filas
y los formularios.

Yo sé que no hemos juntado
demasiadas firmas para derrocar
las murallas del hambre,
o quitar las alambradas del odio internacional.
Yo sé que no pudimos hacer ningún peso
en la larga cuenta de los especuladores.
Bueno, eso porque somos auténticos perdedores.

Mis camaradas, idealistas en su mayoría,
me han pedido que me atreviera con un insulto,
aunque fuera uno de señoritas.
Yo no voy a hacer eso.
¡Imagínense que los insultara!
¿Dónde iría a parar todo esto?
Entraríamos a pelear y la pelea es de los héroes,
de los revolucionarios,
no de los perdedores.

SEGUNDA NEGOCIACIÓN

SEGUNDA NEGOCIACIÓN

En virtud al acuerdo entre el sindicato
de perdedores y los dirigentes
de América latina, con especial cuidado
en las cláusulas
donde se destaca el hecho de continuar con la derrota
por un ínfimo reconocimiento del Estado,
nosotros, el otro sindicato,
el de vuestras pesadillas,
el que aguarda en las selvas de la Amazonia,
en las calles de Colombia,
en las periferias del Cuzco,
en el corazón mismo de Buenos Aires,
en las tiendas y las oficinas hondureñas,
en la oficialidad del ejército boliviano,
en las carreteras y las minas de Chile,
en las cárceles paraguayas,
en los barcos y las universidades de Venezuela,
en las iglesias y en las cornisas de los edificios
apuntando, esperando una sola señal
¡una sola!
resolvimos entrarles a tiros y chingarlos.
¿La razón?
Leoncia Pérez, madre de "Tunecito",
ayer se murió de hambre a sus 92 años.

No solo eso:
a la población El Progreso la incomunicaron
para que nunca se supiera sobre la matanza,
veinte años atrás,
de treinta obreros en las canteras de azufre.

Entre otras cosas:

pusieron precio y cruces
a la educación de nuestros hijos
pasándose a Rousseau por las pelotas,
lo que vendría a ratificar que,
la Revolución francesa y la Declaración
de los Derechos del Hombre
para ustedes significó
una maldita y latosa materia que leyeron en el colegio
cuando todavía había esperanza
de que no fueran unos hijos de puta
como sus padres y abuelos.

Además:

vuestras gestiones de tinterillos masones
y tarugos
permitieron la entrada a los corsarios de Europa
y a ese maldito buitre que se cierne
sobre nuestras cabezas,
día a día,
con su atractivo irresistible,
con la simplicidad capitalista de un cuadro de Warhol,
con su "speaking english",
con su alter ego a la cart,
y aquí a los chiquillos les salen espinillas,
comen marraquetas con mantequilla;
se pintan el pelo porque nunca ha habido
una inteligencia capaz
que les enseñara a pintar sus nombres
con letras doradas
en la alta frente de su identidad.

*

Mis camaradas,
dispuestos a lo que sea cuando
otra Leoncia Pérez muera

porque un corrupto hombrecito de la capital,
que engaña a su jefe, que engaña a su vez
a un tal Mr. Horton, de Ohio,
que para no ser menos engaña a sus socios,
ligados todos a la venta de drogas y armas homicidas,
cuando otra Leoncia Pérez se quede sin comer
porque a "Tunecito",
como lo llamamos de cariño sus compañeros
de la vez que se trepó a sacar tunas
y lo único que consiguió fue
una tan pequeña como los testículos de un gato,
cuando a otro Tunecito lo echen a la calle
por reclamar una indemnización
con que alimentar a Leoncia Pérez, su madre,
que mientras a él lo fajaban en la trastienda
de una fábrica,
ella no había comido hace tres días,
y que cuando Tunecito llegó, irreconocible,
borracho y derrotado,
la muerte ya la arrullaba tiernamente
sobre sus piernas de oro invisible...
cuando pase eso,
cuando a ustedes se les caigan los pantalones
(y ahora las faldas)
al clamor de la unidad,
y saquen viejos tratados de límites
para justificar los lindes que pusieron los burócratas
del pasado
y no las generaciones americanas de hoy,
separando así las piernas, el tronco y la cabeza
de todo lo que es el continente americano...
cuando pase esto,
cuando se declaren neutrales
ante las invasiones de los bárbaros marines,
cuando vuelvan a sitiar Cuba, cuando traigan a Chile
a otro gorila homicida

y en Europa sigan bebiendo té y recibiendo exiliados,
pintando cartelitos de la época de los hippies...
cuando usted, usted o usted
no se juegue hasta el cuello
por la completa defensa de Tunecito y de su madre,
de Leoncia Pérez que se murió de hambre,
vecina del profesor asalariado,
del chofer taciturno
adicto a la cocaína para amanecerse en los caminos
y entregar a tiempo su carga
en los mercados donde el siútico, el dispar cliente
alimenta el orgullo de la mayor de las muertes
que es la muerte
de la fraternidad y la sencillez humana...
cuando eso ocurra,
habremos tantos de nosotros en las calles,
en las selvas, en los ejércitos,
en los congresos, en las iglesias,
en las trincheras, en las fronteras,
en los caminos, en los barcos,
en las plazas, en las cornisas,
en las calles y las grandes alamedas...
que entonces lamentaréis haber jurado
sobre la bandera
de nuestro pueblo traicionado.

COMBATO TODOS LOS INCENDIOS Y NO APAGO MI CORAZÓN

COMBATO TODOS LOS INCENDIOS Y NO APAGO MI CORAZÓN

¿Qué clase de tonto soy, Señor,
si apago todos los incendios
y no apago mi corazón?
Muy temprano, con pie ruidoso andan
y llegan a mí
las quejas de una parte del mundo,
los olores frescos,
las mareas crecidas,
lo bueno y generalmente malo
de las oficinas, de los hospitales,
la ira iracunda
del climaterio
de las nuevas viejas,
de las nuevas Furias,
y yo, recién en pie,
con el desayuno
dando vuelta todavía en el píloro
y la lengua negra de café,
hágome manso consejero,
apacentador de fieras.

Salen llenas las vacías esperanzas
de los viejos bebedores
de alcohol
que llegan a galope a mi puerta
entonando borrachos mi nombre.
Atrás, otros les siguen el paso,
atajándome
antes de que vaya por el diario,

incluso antes de que saque al perro
a regar las flores del patio.

Todos logran importarme.
Todos me traen su chispa,
su ardor, su fuego...

Entonces la ciudad arde por todas partes.

Son muchos los incendios levantados
en las voces humanas que me visitan,
cada cual más alto
y ardiente
y destructivo,
cada cual más voraz y urgente,
cada cual más formidable, más triste,
más indiferente...

Arde también mi corazón,
pero este no se atreve a decírmelo.
Mi pobre corazón...

EL EJE DEL MAL

EL EJE DEL MAL

Alguien dijo recientemente
en una reunión celebrada entre señores
que se dormían de aburrimiento,
que "no podía estar mejor mentado
aquel nombre
para referirse a los enemigos
del mundo occidental,
y puesto que el mal ha sido desde siempre
un problema, pues,
qué mejor que estar del lado de los buenos,
donde la razón
dispara cada cañón
con el simple acto de su presencia".

Por fortuna nosotros
estamos fuera de aquel infausto
conclave de malhechores.
Estamos bien considerados y lo más importante:
nos quieren.

Por esta misma razón invierten su dinero
en nosotros, o compran nuestras tierras,
nuestros ríos, nuestro oro
¡con nuestro oro, lo cual es sorprendente!
y todo marcha muy bien
fuera del diámetro, del radio
del eje del mal.

Detrás de la cortina de hierro,
en las habitaciones secretas del Führer
o en los laboratorios de Stalingrado,
el mal daba muy clara cuenta

de su naturaleza ancestral;
antes, claro,
de llegar el Fondo Monetario Internacional,
que por paliza y dos cuerpos de ventaja
demostró que Hitler, Stalin, Mussolini
y Pierre Nodoyuna
eran unos nenes de pecho
en el ejercicio del terror,
en el perfeccionamiento del mal.

Yo, que me hago un flaco favor
hablando de política,
poniendo en el verso
cuestiones tan alejadas del sentimiento
o del Arte...
a todos digo,
tras disentir con el progresismo capitalista,
cuando no demócrata o budista,
en ocasiones conservador,
de ultraderecha marxista,
entusiastas de Bakunin,
detractores, comunistas...
digo a todos, a todos digo:
¡Yo soy el eje del mal!

TENGO UNA CARA PARA ROMPERLA

TENGO UNA CARA PARA ROMPERLA

Este es mi rostro.

Apenas el sol lo ha tocado nunca.

Este es mi rostro, oscuro, expectante,
petrificado entre las mantas de dormir.

Cuando lo miro de cerca
sobre la luna cóncava de un espejo
o sobre el cristalino espejo
de un ojo de utilería,
sé que la imagen se ha distorsionado un poco
para asustarme.

Para qué vamos a andar con cosas
¡Le fascina provocarme!

Ahora último, hará unas treinta primaveras,
tomó la fea costumbre de cerrar un ojillo
como diciendo:

"No le irás a creer a este tipo ¿o sí?".

En el amor... ¡qué le dijera!

Una vez quedamos con una señorita
y mi rostro iba delante, gobernándome,
saludando a los transeúntes,
loco de alegría, maldito de emoción.

Pero ocurrió, como a menudo nos ocurre,
que la chica decidió plantarnos.

Ebrios... ¡qué digo ebrios!

¡BORRACHOS de ira
avanzamos por las calles

hacia la pequeña pieza que alquilaba ella!
Mi rostro iba pesado
como esas máscaras sobrecargadas
del año nuevo chino.

A pronto sentí subir un fuego por mis orejas.
A pronto ya no eran mis orejas.
Muchas y graves contorsiones de cejas,
la mirada penetrante
lanzada por ese semblante
de bellos hoyuelos al sonreír;
a pronto
 un cuchillo,
 sirenas,
 la cárcel:

...dentro de las pupilas estaba yo
como una linda princesa encerrada
dándole vueltas al huso hasta morir.

*

¡Ay, mi amigo!
Nada, absolutamente nada
de cuanto dijera este rostro mío
nos conviene.
Acostumbrado a ser embajador de mi alma,
portavoz de mi voz
y alcahuete de mis pasiones,
me ha hecho prisionero en la cavilación,
vuéltome un observador de sus hazañas
y culpable, según dice, de sus derrotas.
Yo vago detrás de él, en la oculta faz
de la calavera y los nervios.
Tanto le he cedido de mí
y tanto ha tomado él,
que ya me parece estar al borde mismo

a punto de caer.

*

Ahora que conocéis
el porqué de esta extraña petición,
por mi bien y salvación, os pido:
¡Rompedlo!
¡Rompedlo de un golpe!
...aunque este os ponga
la cara que os ponga.

ESPANTAPÁJAROS

ESPANTAPÁJAROS

Mientras vagan las horas en círculos,
los minutos danzan y los segundos...
¡sepa Dios qué cosas hacen los segundos!
yo estoy aquí, insomne,
clavado desde muy temprano
a la espera de las urracas,
de los bichos que vuelan
y se comen el maíz de las mazorcas,
las semillas de los surcos,
las palabras de la boca.

No es un oficio que le dijera qué bonito,
qué fácil, qué bien remunerado.
Es más bien una condena, una miseria,
un atentado contra la imaginación.

Pero alguien debe hacerlo (Ese soy yo).
Alguien debe ceder su vida.
Alguien debe poner las cosas en su lugar,
decirle a la gente
que es muy triste vivir de la pura ansia
y aguantar, esperando el referéndum
de todas las vicisitudes de la vida
para que al final y sin distinción,
el viejo cadáver humano
llegue donde llegan
la mayoría de las cosas muertas e inservibles,
incluido el pálido montón de huesos
que alguna vez nos sostuvo.

¡Por Lucifer! Se me ha metido un pájaro

dentro del pantalón...

Debe ser uno de esos críticos
pajarracos de El Mercurio
porque bate las alas
y lanza sus plumas
y ya no se mueve
presa de su aflicción.

*

Así es con este trabajito.
¿Qué se le va a hacer?
Otra cosa sería entregarles yo
una mentira tras otra,
dar pildoritas de esperanza a la gallada,
hacer poesía y creer que esta,
como algunos descriteriados creen,
tiene cierta validez, algún reconocimiento,
algún galardón y en consecuencia,
ciertos beneficios,
ciertos descuentos,
ciertas regalías a fin de mes...
¡Nada de eso! Solo estar aquí parado,
clavado, enhiesto,
medio hombre sujeto a las piernas,
sin libido ni sexo,
sin siquiera un pensamiento oscuro
que ofrecer.

*

Me han llamado monstruo.
Yo les contesto que los monstruos no existen
y que, de existir, tal vez,
bien haría yo de monstruo
porque de personita ¿para qué?
siendo que de monstruo,
en especial cuando uno quiere que le respeten,

resulta muy fácil y hasta lucrativo.

*

Ahora que lo pienso,
cuando di en escribir este libro
yo era un monstruo y un hombre
ocupando un mismo cuerpo,
por eso es que mi voz aparece distorsionada
con la estertórea melodía
de los monstruos y de los hombres,
la que en último caso
no puede ser llamada de toda la humanidad,
sino de mi completa persona.

LOS LÁTIGOS Y LAS BESTIAS

LOS LÁTIGOS Y LAS BESTIAS

Ancho es el mundo y tan vasto,
tan vasto de vergüenzas, de amos, de látigos.
Tan vasto de jefes,
de dueños y señores de alguien...
Tan vasto es ¡Tan vasto!

Mas ¿dónde hubo amor? ¿me preguntas-
¿dónde se regalaron pájaros un día
en lugar de jaulas y cadenas?
¿dónde un jardín dio su flor única?
¿cuál oído rechazó el canto
del poderoso influjo del poder,
de la imperiosa orden del escarnio?

*

Los perros sueñan con la supremacía canina.
Sueñan que son indiscutiblemente
dueños de sus dueños.
Sueñan que el horror a los autos
no les impide cruzar las avenidas,
que hay en cada esquina
un ministerio de perros.
En fin, sueñan cosas de hombres
haciendo por deber, cosas de perros.
Y de pronto, un funesto amanecer y el látigo del amo
despierta al perro de su absurda, imposible creencia.
Y más pronto que al perro a la mujer,
que viendo lo acontecido,
pone en su rostro esa fingida inocencia
que es solaz del esposo y divertimento
de su suegra.

*

Ancho es el mundo y tan vasto,
tan vasto de idólatras y tiranos,
de secretarios y sirvientes,
de generales y soldados...
Yo observo con horror
servir a las mucamas,
rugir a los maestros,
besar a las fulanas...
y este es el cuadro: todos corremos
(de un modo gracioso y extraño)
a cumplir con, no importa qué función,
qué osada maroma, qué impúdica acrobacia.
El caso es que alguien, al final del día,
lleve registro de nuestro tiempo,
de nuestra vida,
todo estrictamente calculado
y expresado en cifras:
números rojos, negros, azules...

Así de pronto todos somos colegas,
recaderos, lazarillos, jefes,
buenos estudiantes,
unos elegidos para impostar la voz,
otros, ofrendar el débil sí de la sumisión.

*

TITULAR:

¡Perros escapan de la ciudad!

La raza de los Pérez fue la primera.
Le siguieron a poco los Reyes y los Cuetos.
Unos saltaron las rejas.
Otros, dejaron sus puestos.

*

Ancho es el mundo y tan vasto,
tan vasto de famosos Rockefeller,
de ricos sultanes y ganadores de lotería,
todos asediados por gentecita humilde y diligente,
sin ojos y claro está, sin dientes,
abanderados del deber más absoluto,
aficionados al sacro arte de SERVIR.
Entonces el reloj marca la hora señalada
y vuelven a casa,
apabullados por el cansancio,
sin la triste embestidura de sirvientes y lacayos.

¿Cómo es que queda en ellos todavía
-me pregunto- suficiente energía
para amonestar al flojo bribón
que no falta en las esquinas,
por hallarse al amparo
de la libertad y la alegría?

TITULAR:

¡Nuevo escape de perros alerta a la ciudad!

-Hijo mío, esa vez recuerdo no fue para tanto.
Una o dos mascotas de cincuenta y tantos
y un muchacho quiltro
recién egresado de derecho canino.
No volvieron a casa, es cierto.
Sus amos estaban preocupados.

-¿Temían que murieran, papaíto?

-No, hijito. Que buscaran a otro patrón.
Yo mismo los acompañé por aquel entonces,
escapando de la furia de un editor
al que había estafado.

Luego dejé de ser poeta y me pusieron
al servicio particular de un chavo,
a quien enseñé gramática, literatura (y dados)
por un hueso y un apretón.

-¿Oh, padre, volvieron a casa los borriquitos?

-Sí, hijito. Todos volvimos a casa con el tiempo.

ME PRESENTO?

ME PRESENTO...

Tengo un problema conmigo mismo.
Ando preguntándome sobre qué decir de mí.
Me pongo hosco y maldito
cuando la respuesta es demasiado simple.
"Soy un tipo como todos" -debiera decir-
"Estoy cansado de vivirme"
"Estoy cansado, hermano, de vivirme y de vivir"

Así y todo, busco amarrarme
al consuetudinario perfil de la gente de bien
y tan incapaz soy de mandar a todos al diablo
que aparezco destacado en la guía telefónica
y en los registros bancarios.
Saben las iglesias de diferentes credos
que soy un tilingo tratable,
obediente a Dios
y al Estado.
Saben los médicos que temo a la muerte.
Conocen los policías
lo bien que respeto el tránsito.
Ahora bien,
no puedo decir que nada he aprendido:
algunos años de universidad,
tantos otros de vagabundo, de hombre los menos,
de niño por lo general y este bigotito
recientemente más fuerte, más denso,
que me ha dado el aspecto
de un chimpancé respetable y erguido.

*

Me presento...

Soy las veces como usted.
Debo al fisco un dineral,
al mecánico, al hospital,
(a mi exmujer no la cuento).
Una vez me pusieron los cuernos
y no dije nada. Lo dejé pasar.
Otra, me di licencia de un eructo y mi nombre
lo asociaron al de Charles Manson.
¡Qué ocurrencias tiene la psiquiatría!
Viera lo triste que es todo ahora y más encima
no encuentro qué decir de mí:
si estoy bien, si estoy mal, si van a dejar
que me vaya a casa
con las botas puestas
y el bisturí.

LANGOSTAS, LANGOSTAS...

LANGOSTAS, LANGOSTAS...

En las paredes, en los techos,
debajo de las camas,
dentro de los muebles,
por encima de las mantas,
tras los cuadros,
veo langostas, las veo.
Son tantas que no me atrevo a contarlas,
y sin embargo, están aquí, allí, amontonadas,
trepando, taladrando con sus pinzas,
mordiéndolo, mordiéndolo,
queriendo entrar...

El largo invierno las detuvo un tiempo,
presas en sus capullos,
alejadas de la televisión y la radio.
Entonces a muchos nos parecieron
todavía insectos.

Ahora que están por todas partes,
comiendo la piel bajo la piel,
descubriendo el hueso,
entrando por el oído,
mirando por los ojos dislocados...
salgo a la calle y las veo:
enemigas de todo,
hambrientas de un futuro.

LA LETRA

LA LETRA

Por años ha pesado la letra en las páginas
de los libros
y en las paredes de las ciudades
y en las cartas de amor
y desahucio y olvido.

Por años la letra asumiría su posición
liberal y convergido
con la arquitectura vulgar
de los caligramas.
Sería también motivo de los más célebres discursos
y materia
de las más retorcidas infamias.

Sin embargo,
no ha querido demoler un edificio tal
como lo es
el de su propia caligrafía
y tiembla de pavor si por error
un descuido la reemplaza.

Se la ha visto conjurada con los escritores
y en secreta disidencia
con los cuasi analfabetos.
En conclusión, no es mucho
lo que la letra ha hecho por nosotros.
Su alma de número emerge, de pronto,
ante la urgencia de registrar
la vaga mueblería
que ha ganado para nosotros.

Todo en ella es ausencia y significado.

Incluso estas palabras mías
ya son una llana ausencia
y un ordinario significado.

Yo me pregunto entonces
por el lenguaje sucinto
de las criaturas iletradas y bárbaras,
y cómo la letra, hija del prejuicio,
no quiso nada con ellas.
¿Cómo volver a pronunciar
el sagrado nombre
de las cosas ignoradas?
¿Cómo deshacernos de su signo
y alejarnos de su estrella?

CONJETURAS AL NACER

CONJETURAS AL NACER

Fue al nacer que pregunté
por los grandes temas de la vida:
¿Dónde van los pájaros en invierno?
¿Cuál es el nombre de esos bichos con antenas
y patas de alambre,
o los osos polares son blancos por dentro
y ese señor por qué se ha muerto
si antes vivía?

Puse en aprietos a todos los sabios de mi cuadra,
mas ninguno dijo nada que estuviera a la altura
de un recién nacido:

"¡Agú, nenito!... ¿Por qué hacés pucheros?"

Al nacer sospeché
-desde entonces la conciencia ya dictaba mis impulsos
y ponía en mi lengua
el grito del hambre y de la reflexión a un tiempo-
que alguien, naturalmente alguien,
no importando jamás quién,
habría de pedirme que sanara sus heridas,
obligándome a escribir su nombre en estos versos,
por siempre, eternamente.

Entonces juntos,
como enfrentados a un espejo,
iríamos corrigiendo el YO absoluto
por un "¡NOSOTROS!",
volviéndonos agua caudalosa,
una misma tempestad, la misma fuente.

Jamás desataríamos los cuerpos:
ella, por hallar el último rescoldo de mi corazón,
yo, por amarrarme al tálamo
de sus huesos.

Dos indivisibles espantos
condenados a envejecer y a blasfemar
acabaríamos siendo:
polvo y ceniza en un mismo nicho
al pasar el tiempo.

*

Así afanábase mi mente
con toda clase de pensamientos.
Todo era de la más insospechada seriedad
tras mis ojos inocentes y nuevos.
Apenas sí comía.
Daba la impresión de estar muerto.
Ese era yo y aquella mi suerte,
hasta que tuve que decidir:
debí abandonar conjeturas, teorías, fundamentos...
si brilla el sol o Dios es eterno,
si vale un gusano
tanto como la flor que horada,
si la marea y la luna
son hermanas y se extrañan,
si los hombres merecemos
la dulce tierra que pisamos,
si la noche es claridad,
si el día, ocaso...

En paz con mi cabeza, lloré por fin
como hace una criatura sin su pecho,
entregándome a los días venideros
calmo, sereno,
arrullado por el canto de una desconocida

(era eso o morir).

*

Fui joven y más tarde hombre,
y hubo viejas y odios
y otras tantas preguntas.
Ahora bien, a estas últimas...
sigo sin hallar respuestas.

TERNURA DE LA MUERTE

TERNURA DE LA MUERTE

Por voluntad nadie entra ya a los ataúdes
a no ser que venga Ella a convencernos
-amable, como esas tías lejanas del sur-
de morir.

Su arrullo puede oírse desde lejos,
aun cuando el almacenero se haga el tonto:
sobre la romana sucia de polvo
pone unos tomates, unas lechugas
y el blando zapallo cortado en luna de $\frac{1}{4}$.

Así, luego de pronunciarse con su voz imperceptible,
pasa a confundirse con el canto
de las innumerables bestias,
de las infaustas apariciones.

Ella pasa y apunta en los tálamos
la mancha creciente de la agonía (o de la salud)
y de acuerdo a ello,
va cortando los hilos majestuosos
de la vida,
ahogando con una almohada suave
a este niño moribundo,
recogiendo en el jardín los ojos cansados
de los viejos árboles humanos...

¿Por qué no hay una canción para morirse
en tus brazos, madre Muerte?
Madre tierna, de negras trenzas que suben
y bajan de los ojos.

Tierna como eres, sin embargo,
yo te alejo y dejo al doctor introducirme
todo purgante existente,
píldoras contra la malaria
y el elixir recientemente inventado
de la juventud.
Allá tú si vienes en forma de tijera
o de puñal
o de anemia
o de cáncer...
¿Qué puedo hacer yo para evitarlo?
Y tú, sentadita en tu rincón,
despreciada siempre,
después de todo lo que haces, madre Muerte.

Tierna como eres,
dudo que de aparecerte en el salón
tuviéramos una palabra de júbilo
como hacemos cuando llega la vida
o la esperanza
o la fortuna
y se pasean casi desnudas
con sus pechos abultados de mieles.
Pese a que cojeas y eres anciana
y llevas la pelvis cosida con alambre,
nadie dice: ¡Mirad a aquella!
Por el contrario, el silencio se duplica.
Te hacen invisible.
¡No te vieron!
¡Nada quieren tener contigo nunca jamás!
Pasas a ser la "Muerte",
la arpía bruja de los cuentos,
la peste.
Y entonces,
un mendigo en una banca del parque
(yo estaba ahí ¿recuerdas?)

También te esperaba.
También quería tener algo contigo).

Te acercaste en puntillas para no espantarlo.
Siempre tú, exacta a la que eres:
no lo embestiste como hembra de león
o como derrumbe de piedras
o como el mar que ahoga
y abisma todo a su escondite de percebes.
No, una a una sacaste las hojas que le cubrían,
le inspeccionaste los pies (fríos como el frío
sin epítetos),
le auscultaste el corazón,
un beso en la frente y esa canción...
esa canción salió de tus labios.

A la mañana siguiente,
la vida ya estaba ahí
removiendo el cadáver con un palo.
Como este no diera señas de nada,
como no sonrió al verla
o dio un grito quejumbroso de recién nacido,
siguió adelante, siempre adelante,
ocupada, imparable,
arreglando las flores del parque.

LA BRONCA NO TIENE ESCUELA

LA BRONCA NO TIENE ESCUELA

Para los que creen saber
la etimología de la palabra bronca,
la bronca no tiene escuela.
Ahora que los maestros la hayan puesto en práctica
es otra cosa:
cuando Bernales, el de tercero secundaria,
dijo que el profesor de Lengua
era un fascista (aun cuando no mentía),
trajo contra sí una racha de ceros todo el año.
Suele verse hoy a Bernales
arrastrando el portafolio, después de mucho,
por culpa de aquel némesis sexagenario.

Algunos conocimos de pequeños
ese sabor carbónico de la bronca,
ese resabio a plomo y sangre
que como arañas,
buscábamos inocular en el adversario:
hemos puesto ojos en tinta,
hecho trizas las cabezas
de los cocolisos en los estadios,
de los borrachines pegantines
y de algún noviecito celoso
cuando la de su cariño
nos dedicó una mirada de soslayo.

La bronca viene en vasos
de alabastro negro y húmedo
y ha de beberse
como quien se prende a las ubres de la tierra

y mama el lodo de las ciénagas
y no ha de parar jamás en tanto
no seque todo océano
y río y cauce y humor de la superficie,
de los hondos manantiales,
de las cantinas,
de los jarros.

Hay pueblos que la conocen bastante bien
como este triste pueblo mío,
furioso cuando descubrió que lo habían traicionado.
De inmediato, la bronca lo sacó a las calles
hermanando al patotero con el señor de oficina,
al viejo y al medio anciano,
al pelotudo y al sabio de bar,
a la chismosa y a la vecina que nunca sale
y que temieron, después de tres semanas,
que hubiese muerto en el sueño
o víctima de las palizas de su marido.

Todos fueron, entonces, una gran masa de humo,
grito, barricada, piedra,
palo y revuelta,
monstruo que se levantó
contra la oligarquía homicida de niños y jubilados,
contra esa camarilla intrépida y lasciva
de diputados, senadores,
ministros, empresarios
y el mayor zángano de la colmena,
gordo y henchido tras sus patillas
de caricatura saudí.

*

La bronca no tiene escuela.
No se aprende ni se enseña.
No la contienen dentro de un frasco.

No es antídoto de nada.
Apenas un veneno,
una protesta...

Y he aquí un poco de ella:
Adán, Eva, su prole,
Esparta, Atenas, Persia...
un prefecto y un crucificado,
muchas manos alzadas y recias...
sangre en los campos de Flandes,
de Alemania, de Inglaterra;
judíos, rufianes, conversos,
reyes en cadalsos, reinas...
y más allá
la indiana venganza,
el aborigen exterminio,
la española decadencia...
vascos, teutones, egipcios, palestinos,
y viene de pronto una inmensa bola de hierro
cerca del sistema
y surgen gnósticos y arcanos
y profetas
anunciando la ira de Dios,
mayor iracundo, mayor escanciador de sangre,
de odio, de justicia, de guerras,
punto donde confluye toda la bronca,
la cual no se aprende,
no tiene escuela.

ESCUELA DE URBANIDAD

ESCUELA DE URBANIDAD

De muy chiquitos nos enseñaron
a dibujar barrotes.
Cuando un señor nos regalaba un dulce
decíamos "gracias".
Aprendimos a no pelear con otros chicos,
a decir siempre la verdad,
a no opinar cuando los grandes,
con sus recientes y adquiridos
destellos de autoridad,
hablaban.

Todo debía ser tomado
de manera concienzuda y seria:
acostarse a las ocho,
hacer las tareas,
orinar con puntería,
saludar a la bandera,
no tocarse el pitulín
(o tocárselo a otro),
taparnos los ojitos
en la escena de las piernas,
respetar a Cristo,
beber en aguas mansas,
no jugar con enchufes,
no tocar las arañas,
saber compartir, saber perder,
saber lo que sea
con tal de saber.

Y usted me dice que soy un inadaptado,

un caso clínico de incivilidad,
¡un indecente!
Todo porque una flatulencia mía
le autoriza para hablar de respeto
como si usted lo hubiera inventado
y puesto en práctica
desde el comienzo de los tiempos.

Cree que, porque uso el cabello al viento,
los bigotes ralos, en la mano una copa,
en la otra un cigarro, la camisa abierta,
el andar agachado, una pajita en la boca,
tengo olor a caballo,
usted, usted, usted
¡hijo de la gran siete!
puede venir a decirme:
"¡Qué horrible!
¡Qué esperpento!
¡Qué vulgar!"
A mí, a mí, a mí
que estudié tantos años
urbanidad.

(Al oído) Oiga, no se preocupe...
Soy otro poeta del espanto.
Un mote que me puse
como el gran Parra antipoeta
(y otros tantos)
para asustar, cacarear
y propinar golpes bajos.
Hágase el favor, entonces,
de no tomarme en serio.

AMERICAN HORROR STORY

AMERICAN HORROR STORY

(o argumento para una comedia)

Puede parecer esta una historia de horror,
del horror más cruel y sofisticado.

Una versión de Wells
no hubiera causado tanto pavor,
ni manchado de sangre
tantas jóvenes manos.

Dos cheyenes colgados
abren el primer capítulo.

Las barracas sórdidas,
infectas, son el escenario.

El colono Keith enseña a su hijo
a disparar, a blasfemar
y a escupir tabaco.

La futura nación ya pone en marcha
su melodrama de cine.

Puede entusiasmar a los sioux,
a los navajos,
por lo que a exterminar a todos
se deciden.

*

Un nuevo episodio y el país reclama
si seguir o no con la esclavitud
en los campos de Louisiana.

El Norte y el Sur se trenzan a golpes
como dos señoras ebrias
en un juego de canasta.

"¡Lincoln asesinado!"
escribe lacónico un notario
(¿Será que a Kennedy
lo mató la misma mano?)

Es tiempo de bonanza y California
exhibe su gran diente de oro.
Toda roca es sospechosa.
Todo hombre, engañoso.
Por la vasta línea de trenes va el dinero.
Le siguen de cerca
abogados y cuatrerros.

*

Ya media el tercer capítulo:
Marte apuesta un millón de cabezas
en el frente europeo.
¡Oh! Sangre y dolor es todo cuanto veo.
Las familias negras no volverán a ver
a sus hijos negros.

Nuevo episodio:
Nadie advierte las alas
descolgarse de los cielos.
"¿Cómo? ¿Sois todos nada de un golpe?"
-exclama sorprendido
el imponente Roosevelt.

...mas la iniciativa americana,
que desmiente todo
y no acepta nada,
en un santiamén se vuelve hacia la fortuna:
armas, créditos, combustible, usura...
y si antes exterminaron cheyenes,
pues ahora exterminan gruyas.

*

Es el turno del gran oso,
feliz esta vez de rugir y amedrentar.
Hasta el espacio,
que jamás los ha querido a ambos
por su extremada ambición,
es tierra de imaginarios lindes.
¿Quién de los dos lanzará primero
sus misiles?

Una voz en off pregona el Apocalipsis
y el rock and roll
sube hasta el vértice de los sentidos...
Adrenalina y fuego, lisérgica serpiente:
la costa pacífica prueba
la cocaína de los carteles,
la televisión de los judíos,
las hamburguesas calientes,
mientras Hollywood insiste,
obseso y perjuro,
en hacer pasar por Viet Cong
a unos chinos sin curro.

*

El último capítulo es de todos
el más horroroso.
Contarlo con palabras
tal vez me fuera costoso.
Solo decir que mañana
habrá más motivos
para que esta comedia divierta
o nos aburra otro siglo.

THE END

Agradecimientos del autor:

a Leif Erikson,
a España,
al sur esclavista de negros,
al Hades y al Capitolio
con su quinta enmienda
y su prosaico día de acción de gracias,
al Fort Knox,
a John Adams,
a la enmienda Platt,
a Alcatraz,
al festín del Pentágono,
al escándalo senatorial,
a Texas, a John Wayne,
a Ford Motor y General Electric,
al U2, al Maine,
a la NASA,
al Watergate,
a Harry Truman,
a la CIA,
al NAPALM y a la criptonita,
al roast beef, a Nixon,
al Ku Klux Klan,
a la liga de la Justicia,
a la luna de fondo de papel,
a Walt Disney,
a Donald Reagan,
a Pluto y al Congreso Americano,
a los marines,
a los blancos anglicanos,
a Hollywood,
a los demócratas,
a los bloqueos y a las intervenciones,
al patíbulo y a San Quintín,
a Wall Street,

a los confederados,
a los temerarios de la Bolsa,
a James Bond,
a Bill Gates,
a Charles Manson,
y a todos aquellos que hicieron posible
este poemita.

¡TIERRA! 1492

¡TIERRA! 1492

*"1492 es el año, 12 de octubre la fecha"
-repiten los buenos estudiantes
para el descubrimiento de América-*

Desde el palo alto de una nave,
encaramado
un marino grita ¡tierra!
Acude el contramaestre
y el capitán de abordó
a mirar por el catalejo
con iniciativa incrédula.

A los lejos, la cima oscura de una isla,
de un volcán la cresta;
entonces, el coro de gaviotas
que ya había detenídose en la proa
y cagado un mascarón se acerca
y les repite en la cara:
¡Tierra! ¡Tierra!

Algunas noches ebrios,
otras en cuaresma,
creyendo en Dios algunos,
otros, en anárquicas revueltas,
la tripulación salta a las barcas
y hacia la costa acude presta.

Cantando y maldiciendo van
producto del rancio vino
que apresuraron antes de partir,

como para darse valor,
como para pisar la orilla
con los sentidos inflamados,
con el temple de su patria.

*

Todo era del mayor agrado:
miel, cacahuates, mangos,
cocoteros, dátiles, plátanos...
todo era del mayor provecho:
cestillos, botijos, cacharros,
plumas y de pronto...
un haz de luz,
un conocido resplandor
alerta a los castellanos.
Ya nada será de agrado
o de provecho
como aquel zarcillo de miel inigualable
colgando de una oreja
simple y humana.

*

Como en un acto de magia
se descubre el cielo;
el buitre y el cuervo inician su jornada.
La rápida auscultación de un sacerdote
advierde los postreros hechos:
la muerte del jaguar es inminente
y larga...

*

Muchos fueron los decapitados,
los empalados, las violadas;
muchos los enmudecidos,
los quemados, las raptadas;
tantos los esclavos, los evangelizados

y al fin, América,
más parecida a una mula eres,
cruza entre burro y yegua,
bastarda hija de la gloria,
pobre y malformada unidad de todo.

Hembra ingenua que embobada seguiste
al chulo cabrón que os golpeaba
con el aire servil de las enamoradas.
Tú, que de buen grado aceptasteis
la herencia esa
de ser y depender y llorar...
Y así y todo, allí vestida de plumas,
con los bolsillos vacíos y vaciados
cantáis mudas súplicas al vago espíritu
de los muertos y enterrados señores
del Teotihuacán:
"¡Oh, dioses, salvad a este pueblo mío!"

Pueblo orgulloso eres, América.
Los poetas señorones te escriben odas
con sus lenguas rosadas ¡telúricas!
cuando a ti, a ti más que a ningún otra,
habría que abofetear
por burra.

PETITORIO A LA ACADEMIA

PETITORIO A LA ACADEMIA

Uno que va diciendo palabras
aquí y allá
como si importaran gravemente al oído,
y es esta cabeza mía, te juro,
que las larga a su albedrío...
Cualquier cosa hace por desembarazarse de ellas:
las disfraza de rosas, de versos,
antes del irremediable suceso de que echen raíces
y nada pueda borrarlas.

Otro que las va recogiendo
con la más floja de las energías,
haciendo el papel del que ha oído su nombre
en medio de la alegría.

Lo realmente asombroso es
una serie de raros hombrecillos
-atentos en verdad a las palabras-
cuya meticulosa pluma registra
lo que es aún un pensamiento
o una delicada mudanza
de la intuición al intelecto.

Estos señores me hacen reír.
Son muy puntillosos del decir
cuando lo dicho les es por completo ajeno
a los manuales académicos
y a las convenciones de sus convencimientos.

¿No es gracioso, amigos,

que le midan a uno los versos,
que le ausculten el ritmo o le pesen
el adjetivo en una romana
donde pesan también su propio estiércol?

Como no tengo tiempo de salir de casa,
por estar ocupado en un poema lleno de percebes
y sirenas enamoradas,
no me queda otra cosa que pedirle
a estos magísteres en opinión y gramática,
que le perdonéis la vida a mi poesía,
que no tiene la edad ni el peso todavía
para considerarla
vuestra botana.

EFRAÍN POETA

EFRAÍN POETA

Escribir es un acto de soledad auténtica,
pero también un acto de furia:
los furiosos escribimos.
Escribimos porque no servimos para otra cosa.
Escribimos porque nos engañan
y hay que salvar el honor de alguna forma.
Escribimos también
porque nos gastamos la plata,
porque somos los últimos en adquirir
una casa,
un carro,
porque vivimos de la caridad paterna
hasta entrada la madurez,
porque nos rodeamos de cientos de miles de libros
y los hacemos nuestras armas.
Yo escribo por una sola razón
y al parecer,
ni siquiera la tengo clara.
Yo escribo porque empuño un lápiz
y un corazón de inventor,
y una boca de fumador amarilla,
y un sin fin de novias que se hartaron de esperar
a que ganara el Nobel de literatura.
Mientras tanto,
yo escribo y me parece
que mis palabras van ganando altura,
que van ganando el Derby de San Isidro...
o el de Viña.

De tanto acostumbrarme a lo que hago

declárome un poeta.

Y cuando me preguntan por mi trabajo digo:

"ESCRIBO".

Llevo los bolsillos llenos de palabras y letras

mas no me figuro que por eso

las quieran en sus libros.

EFRAÍN SILENCIO

EFRAÍN SILENCIO

De estas dos manos secas
hasta el fondo de las uñas,
no esperéis una alondra
ni el jardín de rosas de Rosa
ni el crepúsculo sangriento
en los confines de la tierra.

No habrá poesía esta vez.

De ahora en más que busque quien quiera
la comparación, el yambo, el hipébaton sinuoso,
el rastrojo ruin del soneto culto
o la décima campesina
donde los versos caen
a la fuente de los hechos olvidados.

Hoy no habrá poesía, ni métrica, ni rima,
ni amor, ni dolor, ni figuras figurativas abstractas
con pámpanos en las sienes y menos adivinación.

No habrá poesía ¡No habrá poesía!

Mi corazón y mi lengua se me salieron por los ojos
cuando entendí que la vida
la viven mejor ignorantes e inescrupulosos,
los ciegos, los quejumbrosos,
no los poetas ¡No los poetas!

Por Dios que es cierto, hermanos míos,
y ya se me antoja callar.

EFRAÍN PROHIBIDO

EFRAÍN PROHIBIDO

Fuimos prohibidos.

En las escuelas se enaltecó el busto
de nuestros captores.

Se dijo en los pasillos que habíamos muerto,
que con un poco de suerte
el olvido vendría con su flor en los labios:
una flor de luto, una flor
sin el más físico aroma,
sin el más mínimo propósito de perdurar.

Los noticiarios no quisieron mostrarnos.

Se habló de alguien que hizo algo
y nada más.

Luego las radios, la televisión, los diarios
anunciaron un asunto de faldas y pantalones.
Esa fue la oportunidad para callarnos.

Fuimos prohibidos y a nadie interesó nada.

¿Qué podía importarles
un grupo incipiente de canarios
cantando al alba?

Yo vengo del otro infierno.

Allá las cosas resultaron semejantes:

prohibidos los besos,
los versos, las ansias,
prohibida la carne, los rezos,
los sueños, las cartas,
prohibidos los cuentos...

¡Prohibidos! ¡Prohibidos!

Yo vuelvo de Federico,
regreso desde Lautaro,
hablo por Simón, por Espartaco,
por Juan Pérez, por Marcelino,
por la hermana de Francisco Álvarez,
por el amigo del tío de un amigo.
Vengo en pronunciada caída y no estoy solo.
Alguien viene conmigo.
Alguien se ha puesto las afiladas uñas
de la guerra
y las coloradas manos de la venganza
y las jinetas
del más obediente deber
y tomando entre sus manos un tambor
me sigue por potreros y arrabales,
por casas y monasterios
sembrando un canto que no es de ave hoy
pero lo será mañana.

LA FAMA DE LOS PAYASOS

LA FAMA DE LOS PAYASOS

Es tal la fama de los payasos
y tan agradable hablar de ellos,
que las veces en que me referí
a su labor, esa de caer de bruces,
esa también de la flor que escupe
o del sombrero que estalla
en nubes de chaya
y palitroques y paliquindros
que usan para matarse...
La vez que hablé de ellos, repito,
comprendí una sobresaliente cosa:
que para ser payaso
se debe vivir en un carromato pobre
y muy principalmente,
no meterse con el león de grandes dientes.
Lo último me parece, tal vez,
el requisito a este respecto más conveniente,
pues los leones odian a los payasos...
a los payasos,
a los escritores de novelas,
a los actores,
a los estudiantes de letras...
a los músicos,
a los librepensadores...
a los artistas,
a los poetas...

EFRAÍN MUERTO

EFRAÍN MUERTO

Ahora que estoy muerto y obligado a reflexionar
la vida me parece sencilla.

Yo aprendí a callar por no quedarme otra.

¡Qué se le va a hacer!

Sin embargo,

me esfuerzo por estar al corriente de mi vida

(la que dejé) atento al vacío

en que quedó la humanidad tras mi partida.

Y en el conjunto total de interrogantes

que me asaltan, pregunto:

¿habrán mencionado mi nombre los gendarmes,

los obreros, los flojos,

la lavandera en su estanque de agua jabonosa,

el inspector de aduana, el maestro,

la puta y el chicuelo bebiendo en los lagares?

¿Habrá quien repita mis palabras

oyéndolas de mi boca gastada,

arruinada por las hogueras

y el pánico?

Ahora que muero,

en un dramático gesto último de horror,

último de llanto...

¿Habrán de mencionar mis sueños,

mis ansias tristes?

¿Sabrán que nací? ¿Sabrán que me muero?

(¡Que me he muerto ya!)

¿O que mis restos remotos y distantes

olvidados en un escondrijo donde mis asesinos
los pusieron,
gritan lo que no gritaron
cuando aún estaban puestos a secar
colgados de un hilo de vida?

Me gusta la cortesía entre los muertos,
en especial,
cuando uno recién llega y no tiene la idea clara.
Porque para morir se lo mejor es
no saber demasiado,
y si es preferible, jamás enterarse de nada.

Aquí abajo, todos vamos pareciéndonos a todos,
laxos, cadavéricos, marchitos ¡repugnantes!
perdiendo el hábito de rezar
después de un largo siglo
de olvido.

EFRAÍN REVOLUCIÓN

EFRAÍN REVOLUCIÓN

Y me volví un empírico:
si había fuego,
tenía que comprobarlo con las manos.
Si un muerto entonces,
inclinábame sobre él
esperando el vaho de la resurrección
o de la irrecusable determinación
con que la Muerte acostumbra cerrar los párpados.

Ante los muchos mandamientos,
el menor arrepentimiento:
-Maté a un hombre
-Me acosté con la mujer de mi hermano
-Trepé tan alto en la mentira
que acabé por juzgarla cierta.
Todo esto hasta que me entregué a la revolución.

¡Viva la revolución! -grité
y obtuve mi licencia de revolucionario.
¡Viva la revolución! ?gritaba
con mi fusil de juguete
y un corazón de utilería.

Así pasó el tiempo hasta que llegó a parecerme
que la revolución exigía un mártir,
un señor que pudiera sangrar hasta la última gota.

Las viejas no querían sangrar.
Ya estaban viejas y tenían la salud delicada.
Los hombres dijeron no estar dispuestos

habiendo tantas máquinas
que poner en marcha.
Los soldados dijeron querer pero
asomaba a sus ojos un brillo macabro,
una luz densa,
una sed de bustos y sables y condecoraciones.

Yo era revolucionario
y todos lo éramos.
Pero yo balaba como una oveja
(o un chivo)
cebado para el festín de la revolución.

EL ENEMIGO INVENCIBLE (RELATO)

EL ENEMIGO INVENCIBLE

Una guerra despiadada. Eso era y, en definitiva, una guerra que había ido naciendo de pequeñas beligerancias y desacuerdos que no vienen al caso. El campo de batalla estaba marcado por ondulaciones y pliegues suaves, aunque peligrosos; una zona dividida por una almohada puesta de manera sutil, ese tipo de fronteras infranqueables y al mismo tiempo absurdas que aparecen de la nada y que se instalan con cierta cortesía, al principio, más luego adquieren espíritu de edicto, de hábito, de ceremonia invariable.

Cuando un pie, por descuido o por la secreta intención de él alcanzaba a rozar los de ella, ocurría una retracción violenta, la misma reacción que habría tenido al tocar un trozo de hielo o la cabeza de una serpiente. Después, un carraspeo, dejando en claro la falta cometida, la violación de aquel acuerdo tácito.

Las noches eran sucesivas e implacables, al igual que las armas que utilizaban ambos para resguardar esa causa sublime: el desprecio. Durante el día, las ocupaciones los alejaban. Él, en su taller de autos. Ella, en su oficina. Nada en común, o quizás fueron amigos alguna vez, más que eso... Se amaron, se comprendieron, se conocieron. *El ocaso del amor inicia al conocerse*, reza el adagio. No hubo hijos, algo que los atara a la fuerza. Por las noches, terminada la rutina de una cena en silencio, se encadenaban a sus teléfonos celulares para evadirse, para navegar en otras aguas donde la tempestad no pudiera hacerlos naufragar. El acto de desnudarse se había vuelto una posibilidad remota. Asimismo, el descuido que dejara ver al otro el flanco débil, la carne expuesta y vulnerable. Ella tenía las formas redondeadas de una escultura romana. También la frialdad tersa del mármol. Él, un abdomen crecido y vello en la espalda. La cama los esperaba como un lecho mortuario, el tálamo de dos cadáveres.

Fue la omisión, el error o la inercia lo que los arrastró a traspasar el muro de almohadas una noche. A lo mejor las ganas se hicieron gotas acumuladas en un vaso, y el pie se mantuvo ahí, anhelante del roce repentino. El calor de ella atrajo su pierna siempre próxima, torpe, como la extremidad de un rinoceronte o de un elefante sin selva ni circo. Alguno de los dos dijo algo, breve palabra, breve frase (se nombraron), y la blanca y suave frontera que los dividía cedió a una mano, y luego a otra... un nombre, ya suspiro, ya susurro... Él la tomó con fuerza, pero la pasión tiene su ritmo, su *tempo*. Ella le recordó cómo debía amarla. Despacio, profundo, fuerte... Seguían nombrándose, dejando de lado las armaduras para herirse y penetrarse. Todo era suave, caliente, erizable; todo era digno de ser tocado y lamido y besado... Pero en sus ojos lo que ardía era el momento y nada más. El Día D, o G en este caso, acto decisivo de una larga guerra, acabó sin comentarios. Se miraron, se adivinaron, habían vencido y perdido al mismo tiempo... Amanecía. Era momento de volver a sus trincheras.

EFRAÍN CAÍN

EFRAÍN CAÍN

Quedé en penumbras.

Quedé en penumbras cuando el sol
estaba en lo alto y los pájaros
iban en bandadas al sur
hinchados de trinos y grandeza.

Mi boca no fue boca en las vendimias
durante los años que duró la bonanza
y abundó el vino en las mesas.

Caí de rodillas ya instituido el perdón;
tal vez quemaron mi cuerpo
o lo dieron a la ciencia;
tal vez permanecí moribundo
sobre los campos de batalla
y nadie me ultimó ni por compasión.

Debí alargar mis piernas
porque nunca tuve suficiente estatura
ni cuando otro, más pequeño,
me hablaba de cosas que habría rebatido
con un simple silencio.

Soy Efraín Caín.

Este nombre lo tengo
bajo amenaza de muerte y excomuni3n.

Soy Efraín: partitura que dejaron
a medio terminar
por no haber quien se atreviera a entonar
un himno homicida como el mío,
un himno de muerte y redenci3n.

Soy Efraín Caín...

No tuve opción y repetí ese nombre
hasta envenenarme.

Soy Efraín, llama de aire congelado,
proscrito entre los proscritos,
fiera entre las fieras,
placebo del diablo con cachos
y cola
y un gran diente de oro
que uso para enamorar.

EFRAÍN MARIONETA

EFRAÍN MARIONETA

Traza un círculo y harás mi cabeza.
Ahora dibuja una mueca de espanto...
¡Alto!
¡No tan debajo de los ojos!
¡No tan arriba de las cejas!
Así ¿Ves? Ese soy yo:
un bosquejo de tu mano
que vuelve a dibujarme porque todavía
no encuentra una forma decisiva.
¿Lo intentamos de nuevo?
Dos ramas de acacia, juncos, nervios...

"¡Estas piernas sí son buenas!", exclamas,
y las clavos de cuajo
en el tronco suspenso.

Yo, por mi parte,
lleno de admiración hacia tus manos digo:
"¡Estoy listo!"
Pero te hablo y no me entiendes.
¿Es que no hay un idioma capaz de comunicarnos,
de unir esta conciencia inadvertida
a tu omnisciencia creadora?

Quisiera alzarme como Lázaro (el buen Lázaro)
entre los polvorientos harapos
de la noche sin retorno
y colgarme de tu pecho,
babeante, sonriente,
puro como un recién nacido.

Entonces tu voz ordena "*¡Camina!*"

y Efraín, úlcera de tu costado, pregunta:

¿A estas piernas mías

las moverán tus dedos

toda la vida?

EFRAÍN BURDEL

EFRAÍN BURDEL

Quienquiera que los haya inventado
¡quienquiera!
tenga mi eterno agradecimiento y brindemos:
¡Salud y gracias!
porque no hay
como esta pasajera niña que me trae su mano,
ni como esta otra, que me enrostra el irme
con otra más joven y más bella.
Por tanta prodigalidad de besos
yo no quisiera aferrarme a nada
para entrar en todas las camas
y probar en ellas todos los abrazos.

Los burdeles donde estuve
están llenos de buenos incidentes:
a Mariela le han dado una paliza,
Luisa tiene un pretendiente,
Francia contrajo peste y Clara,
la de los tristes pezones,
me ha pedido estos versos
a cambio de cosas mejores.

*

He naufragado en los burdeles
con una pena fundamental y fría;
las putas y su alegría se montan a mis ojos
y me voy ciego
a mi tarea de escriba:
"Rosa, a ti este poema sin tránsito ni piernas"
"Clara, tuyos son estos versos"

"Jenna, por tus lágrimas y tu ciencia"

*

Más tarde,
no podría el amor matarme con sus canciones
porque el beso de una puta fue mi inspiración primera,
el bautismo de mi carne,
mi lección de cabecera.
Y tras ese nombramiento de mi sexo
crecí sin especias ni mieles,
solo y victorioso de ser hombre,
solo y preparado para lo que viniese.

No me verán, por consecuencia,
buscar como Edipo a una madre,
ni salvar princesas de enemigos crueles:
yo busco el amor de las putas,
más sincero y celeste
que el de los mismos ángeles
y el de las mismas pléyades.

Yo bebo en la corriente de los besos ya dados
para mezclarme en ellos como el agua en una fuente,
y así pasar por la vida
fugaz, entero, salvado,
intacto de llantos y de muertes.

EXISTENCIA

No espero que algo te revele.
En todas las cosas tu aliento ha triunfado
y humedecido la piel, capa por capa.
Estás sobre el mundo como un día completo.
Estás en la lengua y en las entrañas.
Has arribado de noche por los postigos
abiertos
para espiar al viejo cadáver
tendido en su cama.

Te conozco bien, por cierto.
No tienes un nombre, siquiera un alias.

Células, poros, átomos y caras
obedecen ciegamente
el pasar de tu mole, de tus aplastantes senos
atropellando por norte o sur, este o oeste...
¡Aquí está el día! ¡Aquí la noche! -gritas,
y ese grito es un ronco bramido
en silencio...

Todo es devenir en tu corte.
No hay príncipe ni princesa,
Tu reinado es el solitario misterio
de una reina tirana, la canción improbable,
los dados, el azar, la perfección matemática.
Y con todo, la marea y el suceso
amarrados en la misma carne
de junturas, de remaches, la vida,
el embutido funesto de seres gritando
en los precipicios del tiempo.
Trampa y oscuridad ¡Luz radiante!

"Ser o no ser", escribió el poeta.
Así y todo, le sobraban palabras.

Del libro ANTEVASTACIÓN, de Raúl Voltavayeros.

ANTEVASTACIÓN

Antes de la noche, vibrábamos de vida. Éramos aún jóvenes. Éramos de arcilla húmeda, pero también la mano del alfarero y también el agua, y también el fuego. Antes de la noche tuvimos palabras nuevas. No estaban escritas en la ley, nadie pagaba por oírlas, nadie las repetía. Entonces teníamos alas, enormes y fuertes eran como las de un ave que ignora su naturaleza imaginaria. Del libro ANTEVASTACIÓN, de Raúl Voltavayeros